

Ecós de la tradición

LA FIESTA DE LOS NEGRITOS DE NOVITA

Escribe: ROGERIO VELASQUEZ

En San Felipe de N6vita, ciudad fundada en la mitad del siglo XVI, habfa un dfa en que no se hablaba de bateas ni azadones, de rozas ni de viajes, de azuelas o machetes. Era el cinco de enero. En aquella ocasi6n, el negro podfa echar una cana al aire y divertirse junto con el blanco que toleraba entonces el baile y la algazara de la raza africana.

Como vecinos equivalentes hacen prevalecer relaciones claras y estables, la concentraci6n se hacfa con individuos de Sipf, Noanam6, San Pablo Adentro, Tad6, Juntas de Taman6, es decir, con seres de la zona minera del San Juan. Caratejos y cotudos, j6venes bronceos, mujeres envueltas en rebozo o bayeta, y mozas con trajes de miri6ques antiguos, iban llegando en los primeros dfa del mes por los caminos del agua o por las trochas m6s difciles. Al frente de cada grupo venfa un amo o capataz que aprovechaba el tiempo en sacar escrituras o contratos, en negociar sal, hierro o panela, o en pagar al escribano p6blico unos derechos de alcabala por la compra de alg6n esclavo m6s para las minas.

La mal trazada poblaci6n con sus tenientes espafoles venidos de Popay6n, tomaba aire de fiesta. La misma C6dula Real del 31 de mayo de 1789 que disponfa la separaci6n de sexos en las diversiones de los negros, era violada por los se6ores que, deseosos de contrbuir a la alegrfa de sus gobernados, daban permiso para el vuelo de las francachelas. Cuando se conocfa esta noticia, corrfa por los esp6ritus de los acollarados un extra6o entusiasmo que se manifestaba en abrazos y gritos, en pasos de danzas, brinco y cabriolas.

La naci6n blanca habfa establecido el festival para gratificar a los vasallos por su buen comportamiento. Los comprados en Llor6, Negu6, Cartagena o Antioquia; los que habfan bajado de Toro, Cartago o Popay6n; los quemados con un poco de hierro hirviendo en los brazos o en la frente, en los hombros o mejillas, pechos o espalda, recibfan el premio de su fidelidad. Para merecer tanta gracia habfa necesidad de mostrar una vida limpia de pecados revolucionarios, ya que el convicto de rebeldfa permanecfa agachado en los canalones duros y amargos.

La algazara comenzaba en el amanecer del cinco de enero. Flautas de carrizo o traveseras, carrasca, matracas y alfandoques, tambores y platillos llenaban el ambiente. El ritmo callejero iba de los altares al zaquizamf, de los ranchos mugrosos a las casas de los superiores. Entre el can-

to gangoso de los viejos, resaltaban las palmadas que acompañaban la música, y el balanceo de los cuerpos era una onda caliente que sacudía el paisaje.

El que hacía de capitán, hombre de bastante edad, nombrado por el Cura del Partido, daba, después de misa, orden para pintar con hollín a la nobleza pueblerina. Los patrones sonrientes y alegres se dejaban hacer cruces en la frente, en tanto que daban cuartillos y medios de plata para guarapo o chicha, jamás para aguardiente que enciende la carne y licencia los sentidos.

A las cuatro de la tarde se daba principio a la lidia de toros. Para ello se hacía un círculo de guadua y trozos de madera unidos entre sí con bejucos y cordeles. Dentro se echaba un toretón traído de Cartago, al que se enfrentaban los mozos con espadines de palo. Cuando los aporreados eran muchos, los amos, a caballo sobre negros, desafiaban el animal que, sin miramientos de ninguna clase, acometía con fiera hasta tender en el polvo al justador y su cabalgadura.

Como fin de la faena se echaba al corral un cerdo encebado. Hombreres y mujeres bajaban al redondel con el ánimo de sostenerlo ya del rabo o de las patas, de las orejas o el pescuezo. El barullo crecía cuando alguien aprisionaba el animal que en lo adelante le pertenecía. Como recompensa se daba al luchador tragos de aguradiente.

Mientras se jugaba a lo anterior, en los calles ardían los fogones con fritangas o comidas. A la luz de la llama que chisporroteaba, el galán esclavo hablaba de amor, de sueños de libertad o de creencias. Para distraer las miradas, daba a su compañera totumas de chicha, trozos de longaniza, pedazos de cecina, bollos de maíz. La que aceptaba el amor, devolvía, como señal de compromiso, la cinta brillante que le adornaba la cabeza.

El baile del bunde era un número obligado. Mientras unos se divertían con los toros, los demás, con pantalones de lienzo a la rodilla, movían los cuerpos en la eufórica danza. Al son de un estribillo cualquiera y de los instrumentos musicales, las cuerdas humanas, con los brazos semilevantados, saltaban, daban vueltas, hacían contorsiones, se aproximaban y retrocedían, chocaban los vientres y se alejaban para volver a empezar. Al parar la música, los espectadores reían y cantaban completamente transfigurados.

Ante tanto fervor, muchas veces los amos entraban al corro. Frente a la mujer más bella, probablemente la querida, movía sus zapatos de badana, echaba a la espalda su pañuelo de seda, alzaba los brazos y los hombros, y, sin pensar en su posición, asombraba por sus gestos audaces. El público pagaba con aplausos, sorna y empujones.

La fiesta concluía después de la merienda que se realizaba al aire libre. Una hoja de tocino que había sido llevada como ruana por un peón de fiesta, era asada y repartida entre la concurrencia. Después venía la advertencia de terminar el festival. Rezado el Rosario, se daban vivas al Rey, a los amos, a la santísima Religión y al gobierno que los dirigía...

Y seguía el equilibrio inestable de las razas, al pie del Tamaná raudo y tormentoso...